CARTA CONFIDENCIAL

de un Filósofo del dia á la asamblea de libres Pensadores, en que les participa reservadamente la disputa que habia tenido con un Cura de una Aldea, y les propone el plan para adelantar el moderno espíritu filosófico.

Hermanos carísimos, é instruidos en la moderna filosofía: os escribo esta con las noticias y reflexiones que contiene, para que con toda cautela y secreto las examineis con todos los valerosos campeones y nuestros socios en la nueva profesion filosófica. Ante todas cosas os advierto, que no será conveniente pasar esta carta á manos de aquellos, que aun no están muy fundados en nuestras máximas nuevas; porque apuntando yo aqui ciertos defectos y descuidos, á que los insignes maestros de nuestra escuela están sujetos, y exponiendo en su natural semblante algunas de las razones mas poderosas, que contra nosotros usan nuestros contrarios, podria esto servir de obstáculo, de escándalo y de peligro á los novicios de nuestro partido.

Mucho tiempo habia, que yo traía en mi pensamiento el diseñar lo que nosotros deberíamos decir, ó escribir y obrar para llegar al fin de nuestra suspirada empresa de acabar con todos los reyes y todas las religiones, y formar un solo cuerpo de espíritus fuertes, que tuviesen soberano, súbditos, leyes, fuero y magistrados; y otrosi una nueva tradicion y disciplina, nuevos dogmas y ritos, nuevo código de legislacion, y nuevo martirio y apostolado, que con la lengua y la pluma, y si necesario fuese, hasta con la propia sangre, pudiese defender el nuevo culto, y por medio de conquistas siempre nuevas formar de todo el globo de la tierra una sola monarquía, y un solo sistema de costumbres, de máximas, y de doctrina. Para esta obra el

medio único me parece que sería convocar en algun rincon de la tierra un concilio, y en él (por la norma de nuestros contrarios) proponer partidos, desatar dificultades y dudas, establecer decretos, y formar leyes de disciplina. Mas no pudiendo nosotros egecutar este medio por andar dispersos y vagabundos, sin poder, sin autoridad, sin dominio, meditaba ya suplir esta falta con una instruccion exhortatoria de resultado equivalente, si no me tuviera suspenso é irresoluto la suma dificultad que ofrece el reducir á sistema esta filosofía, empresa tentada ya en otro tiempo por muchos de nuestros principales maestros, y particularmente por Juliano, filósofo y emperador; pero siempre en vano. Al fin un acontecimiento (que yo no debo ocultaros) me dió el último impulso, y me determinó á escribir estas reflexiones, sugeridas por el empeño y nutridas por la cólera, que me subió por causa de un discurso que hicieron en presencia de una dama, que ya con mis industrias habia casi llegado á punto de hacer profesion de no creer nada. El que hizo el tal discurso (me avergüenzo de decirlo) fue un clérigo de aldea, á quien se le haria mucho favor, si se le diese algun lugar en la cadena de los entes.

Era pues este clérigo el Párroco de la tierra junto á la que en una casa de campo se divertia en buena sociedad la dama sobredicha. Yo lo habia visto varias veces en aquella casa, y motejado siempre sobre su carácter y ministerio; pero él unas veces callando, otras sonriendo, y otras hablando alguna media palabra, se echaba fuera de la dificultad. Al principio juzgué sería grosera brutalidad, lo que despues he advertido que era prudente circunspeccion, encaminada á tomarse tiempo y preparar un discurso seguido para dirigirlo contra mí, cuando le viniese á propósito, para defensa de su profesado cristianismo, y con la mira solapada de ganar otra vez para su antigua superstición á mi muy estimada presa. Dió un golpe tan fuerte en mi ánimo este discurso, que á pesar de haber sido dilatado,

no me fue dificultoso traerlo en gran parte á la memoria, y mas que muchos de aquellos argumentos los habia yo leido varias veces en los defensores del cristianismo. Mucho he dudado, deliberando conmigo solo, si deberia repetiros el tal discurso, que si bien era hecho por el estilo de las lamentaciones de Jeremías, no dejaba sin embargo de tener su fuerza y elocuencia: razon por la que recelo, que hasta en el mismo partido pueda suscitar sus dudas, inquietudes, desasosiegos, peligros y tentaciones; mas todo este temor, perplexidad é incertidumbre me lo quita el reflexionar que este manuscrito se dirige solo á vosotros, mis carísimos hermanos, firmísimos en los principios de nuestra filosofía. Acaso será este un asunto venido á tiempo para excitar vuestra sagacidad y la de vuestros esforzados compañeros en rechazarlo: ó para servir de modelo para componer uno semejante, y aun mas fuerte, á favor de nuestra filosofía. Esta es la razon porque yo lo refiero con la misma fuerza y vigor, por el mismo órden, y hasta (como pueda) con las mismas palabras usadas por el Párroco. Yo tengo ánimo de ofreceros, no solamente una instruccion que enseñe; sino tambien una sátira que estimule á mis amigos y compañeros de armas, de máximas y de sistema, con el fin de despertar al que de ellos fuere negligente, insensible y soñoliento, é inspirarles esfuerzos siempre nuevos y mayores; y á los que están ya despiertos y caminan darles nuevo y mas fuerte estímulo, incitándolos á unir sus fuerzas en una gloriosa competencia para nuestra comun utilidad. Asi que no os aflijais al ver en el discurso de estas reflexiones producidas por mí varias pruebas que militan á favor de nuestros enemigos, y puestos en su nativo aspecto los defectos y yerros, en que tropiezan nuestros partidarios. Considerad, que asi como los médicos solo comienzan á ser grandes y muy diestros en su arte, cuando llegan á descubrir los obstáculos que tienen que vencer, y á conocer bien las falencias é incertidumbres de la medicina; asi tambien nos po-

dremos llamar verdaderamente diestros en el arte de combatir al cristianismo, cuando supiéremos las razones que lo sostienen, y comprehendiéremos á fondo en cuantos yerros puedan incurrir, y á cuantos defectos esten expuestos nuestros partidarios al impugnarlo. Un dia pues acabado de comer se me vino á la cabeza el malhadado capricho de preguntar á este creyente mercenario en tono de burleta: *Si creía él morir siendo aun Párroco: no porque le faltase mérito para ello, pues ciertamente no podia haber hallado empleo mas propio para su índole y capacidad; sino porque debia conocer que la religion cristiana, cargada ya de una larga edad, no podia durar por muchos años. Ni yo tampoco quisiera, ni cualquier hombre de juicio, que él tuviese tan corta vida, cuanto habia de ser breve la duracion del cristianismo.* ¡Pobre de mí que tal dije! Esta era la ocasion que él esperaba con impaciencia: se encara conmigo con las sobrecejas arqueadas, y con una voz sonora y enérgica principia á decir: Que la religion evangélica que él profesaba nunca tendria fin, sino con el fin de los siglos, asi como habia tenido su principio con el mismo mundo: no siendo la ley de Moyses mas, que una explicacion y extension de la ley natural, asi como la evangélica fue una dilatacion y complemento de la hebráica. Aquí no solo citó por fiadores entre los antiguos á Theofilo de Antioquia, y de los modernos á Schukford, que reconoce y defiende una religion revelada coeva al principio del mundo; sino que tambien para confirmar con mayor eficacia, que esta fue siempre dirigida á Christo Mesías como á *Término fijo del consejo eterno*, trajo en prueba varios pasages del Antiguo Testamento segun la Vulgata, explicando eruditamente el texto hebreo, de donde hice concepto, que entendia la lengua hebrea, lo que indeciblemente me sorprehendió. Continuó diciendo, que los golpes descargados en todos tiempos contra la fé católica, en vez de dañarle, servian para fortalecerla mucho mas. Y aquí me citó tambien el bello pasage de Horacio:

Duris ut ilex tonsa bipennibus
Nigræ feraci frondis in algido
Per damna, per cædes ab ipso
Ducit opes, animumque ferro.

De modo que me quedé espantado, de que él gustase de las gracias de la poesía con aquel aire de semblante, que respiraba simplicidad gótica ó longobarda. Valióse (y con pleno conocimiento de las épocas) de la prueba de las persecuciones, vencidas con aumento de los que creían en Christo, en los cuales *inexpugnabilem fidem* (decia) *superare non potuit sæviens diu plaga repetita*, *quamvis rupta compage viscerum*, *torquerentur non jam membra*, *sed vulnera*: expresiones vivas y enfáticas, que me parece leí en mi mocedad en un antiguo Escritor africano. Me citó una por una las mas célebres apologías de los Padres de la Iglesia escritas contra los filósofos nuestros antesignanos, cuya pluma se unió con la espada de los tiranos, y sin embargo tuvo el mismo éxito. Hizo memoria de la succesion integra é invariable de aquellos dogmas, que desde su primera fuente llegaron hasta nosotros por medio de los libros sagrados, de los concilios, de la tradicion, de los Padres, y especialmente de la católica Romana Sede (perdonadme, hermanos, estas expresiones, que son del clérigo). Y como si tuviese presentes en la memoria todos los anales eclesiásticos, con pleno conocimiento de los tiempos, de los lugares y de las personas, hizo mencion de la firmeza con que se conservó siempre ilesa la misma doctrina que Christo comunicó á los Apóstoles, y de estos por los Obispos que le sucedieron, fue pasando de unos en otros hasta nuestra edad; y como aquello mismo que se creía en el tiempo de los Ignacios, Ireneos, Tertulianos, Gerónimos y Agustinos, en cuanto á la sustancia y al dogma se cree aun ahora: y por todas partes donde reina el Evangelio, se observa la misma ley, se reciben los mismos sacramentos, se camina por la misma senda de salvacion, lo cual (decia él) es un testimonio autén-

tico de veracidad. Y como la Iglesia lo sacrificó todo á esta firmeza de fé, y se mostró pronta á soportar las hostilidades mas sangrientas antes que consentir en la menor variacion en ella. «Ni el poder de los grandes (continuó), ni la doc-»trina en los letrados bastaron para hacer acepto á la Igle-»sia á aquel que no profesó humilde y reverente todos los »dogmas. Ni las mismas fatigas en los Apóstoles, ó las crue-»les carnicerías en los Mártires serian bastantes, para que »á su favor disminuyese su eclesiástica inflexible rectitud »en este punto. Y si cualquiera de ellos se hubiera ensober-»becido contra aquella católica decision, ó pertinazmente »negado algun dogma; con golpe inexorable lo habria in-»dispensablemente separado de su comunion.» Aquí desenvolvió una larga y exacta serie de aquellos hereges, que con sus lastimosas caidas señalaron, como él exclamaba, las épocas luminosas del triunfo de la *recta creencia*, y sintieron el peso de los anatemas de la Iglesia, con que fueron traspasados. Aqui recordó el acontecimiento memorable del siglo cuarto, cuando trescientos diez y ocho Obispos se juntaron en Nicea para declarar el dogma católico, y explicar con el vocablo *homousion* la consubstancialidad del Verbo contra los Arrianos; y cuando poco despues (decia él) se perturbó todo el mundo católico, porque en el concilio de Rimini se adoptó el vocablo semejante *homojusion*, solo porque se podria tomar dolosamente en sentido no católico. Y por el modo con que discurria sobre esta célebre controversia, colegí que tambien sabia griego, cosa que me aumentó el asombro, observando un espíritu tan culto debajo de una apariencia grosera y brutal. Viendo yo que el discurso, cada vez mas serio, no podia acabar sino en grave perjuicio de mi causa, queria usar de nuestro artificio en semejantes casos de soltar la risa á carcajadas, que al menos desconcertase el orden premeditado de su disputa, y me diese lugar para reflexionar sobre lo que él hablaba de la Iglesia, de los Padres, de los Concilios, de los Papas... Mas él me

previno, y pasó luego á preguntarme en tono imperioso y propio de quien insulta: ¿por qué razon sucederia, que nuestra creencia filosófica tan demostrada, como pretendemos, estaba esperando el siglo diez y nueve, y no habia triunfado mucho antes de una religion, que ya desde los primeros siglos la llamaron nuestros antesignanos frívola, contradictoria é insubsistente? ¿Por qué razon la docta filosofía no aniquiló ya la ciega credulidad? ¿Esa vuestra luz por qué no ha disipado nuestras tinieblas? ¿Esa vuestra tan decantada sabiduría cómo no ha acabado con los llamados errores? ¿Cómo con esa plenitud de luces no se ha iluminado ya la tierra desde mucho tiempo hace? Esto hizo reir á los circunstantes, y aumentó en mí la confusion. «Y ¿cómo (con»tinuó) cómo aconteció que el Liceo, las Academias de »Atenas, y las de Roma, la sabiduría de los Griegos, la »filosofía de los Gentiles no ahogaron la Religion Católica »en su nacimiento? ¿Cómo esta en su misma cuna pudo »triunfar de las doctrinas ya maduras de los sofistas, astró»logos, oradores, poetas, y eruditos levantados contra ella?" Aqui observó, que en el siglo primero un Cerinto y un Ebion con el aplauso de una decantada sabiduría erigieron cátedra para abatirla con doctrinas contrarias; y lo mismo hizo en el siglo segundo un Celso Epicureo, que tuvo tal crédito, que por dicho de Origenes, fue reputado por el oráculo de aquella edad. Lo mismo intentó un Porfirio en el tercero, valiéndose de unos muy estudiados medios y del mas refinado artificio. Lo mismo quiso executar un Arrio, y con tales cavilaciones de fraudes los mas ingeniosos, que por algun tiempo ocultó sus falacias y errores á una augusta asamblea de Padres antiguos, y casi pudo decir que al mundo todo. Y por el mismo órden de siglo en siglo fue haciendo mencion de los autores de las mas célebres heregías antiguas, no solamente sofocadas (como él decia), sino en el dia del todo extinguidas sin hacer ningun daño á la fé de los cristianos; y asi parecia, que las tenia todas presentes á su vista

como en un cuadro historiado. « Mas ¿qué? A pesar de tan- » to valor en sus inventores ¿cuál de estas doctrinas se puede » gloriar de tener crédito en nuestros dias? Perdieron to- » da su reputacion tan pronto como faltó la novedad y la » moda; y una á otra se fueron cediendo el primer lugar; » y tuvieron todas la misma suerte de trocar la fama de su » orígen, por el desprecio afrentoso de durar un solo dia." Despues, aun con mayor fuerza y energía: « ¿Cómo, dixo, » no retardaron siquiera esos grandes hombres la dilatacion » portentosa de la doctrina de Jesuchristo? La filosofía del » Evangelio, que en sus ojos y en los vuestros es tan des- » preciable, naciendo en la Judea, sale de su nido, y en » breve tiempo vuela por tierras y por mares, persuadien- » do Griegos y bárbaros de todas naciones, ciudades y al- » deas, atrayendo así familias enteras, poblaciones, provin- » cias, y despues, repúblicas, reynos é imperios. ¡Qué cosa » tan maravillosa!" Aqui con la mas ordenada serie pro- duxo casi todos los testimonios de autores contrarios al cris- tianismo en prueba de su arrebatada propagacion con miles dificultades al frente; de Plinio, que siendo Gobernador de la Bitinia, escribe al Emperador Trajano, y esto un siglo solamente despues de Christo, que los templos antiguos eran abandonados, é interrumpidas las solemnidades, y que ape- nas se hallaba ya á quien vender las víctimas para los sa- crificios: de Tacito, que escribiendo á Neron, le avisa de que en Roma habia un número pasmoso de cristianos: de Luciano, de Celso, de Porfirio, y del Emperador Maxi- miano, que en su edicto célebre contra los cristianos dice, que *el cristianismo se habia esparcido casi por todo el Universo*. A esto añadió, que todas estas pruebas y atestaciones de los enemigos del cristianismo concuerdan con lo que se ve es- crito por los primeros fundadores y seguidores de él: por el Apóstol Pablo, que afirma, que apenas fue promulgada la doctrina de Christo, cuando de dia en dia se aumentaba el número casi sin número de los creyentes, y que la doc-

trina del Evangelio se dilataba, no solo entre los Colosenses, á quienes escribe, sino tambien por la Grecia, Cilicia, Siria y Arabia: y por Pedro el Apostol, que en sus cartas hace mencion de las Iglesias cristianas, que ya estaban fundadas en los reynos del Ponto, Capadocia, Bitinia, Galacia: y de Ireneo, que desde los primeros siglos cita la fé y la tradicion de las Iglesias extendidas por entre los Alemanes, Iberos y Celtas, en el oriente, en el Egipto, en la Libia: y de los Apóstoles Tomas y Bartolomé, que entraron por las Indias adentro, por la Persia y Bactriana. Y continuando decia: «Mas no conquistó ella solamente el »pueblo, y la gente ruda destituida de ciencia, de letras, »y de doctrina; sino que esta filosofía del Evangelio, la »cual (segun vosotros) los hombres ilustrados reconocen »destituida de razones convincentes y persuasivas; esta »misma entró en las mas famosas Academias, y se hizo »gloriosa triunfadora de los letrados mas célebres." Aqui refirió haberse declarado sus seguidores los Areopagitas, los Papias, los Quadratos, los Justinos, los Melitones, antes impugnadores terribles de la Religion, y despues sus defensores intrépidos. A estos siguieron Taciano, Bardesanes, Ireneo, Teofilo de Antioquia, Apolonio, Clemente Alexandrino, Origenes, Minucio Felix, Cipriano, Arnobio y Lactancio, y Eusebio; Gregorio, Basilio, Crisostomo, Ambrosio, Agustino. «Hombres todos (continuaba) »capaces cada cual de por sí de ilustrar un siglo; y traidos »por la fuerza de las razones y de la verdad, despues de »vencidas sus muchas repugnancias, como afirma Cipriano: tentada cualquiera otra filosofía Estóica, Peripatética, Pitagórica, Platónica, como dice Justino; desbaratados infinitos contrastes, como aseguran Arnobio, Victorino y Agustino, razon por qué Tertuliano con grande »enfasis decia asi: *Fiunt*, *non nascuntur christiani*, esto es, »formanse por discurso maduro y reflexîvo, y no se acomodan á ser cristianos por máxîma y por doctrina." Y

cuando yo ya me persuadia, que despues de tanto hablar le faltaria la voz á este fanático entusiasta, he aqui que animado del aplauso que le daba la dama y del silencio favorable de los circunstantes, que estaban sorprehendidos y aturdidos con su discurso, sin dar la menor atencion á lo que yo intentaba decirle para interrumpirlo, me repitió la primera pregunta, obligándome á que le dixese ¿cual era el fundamento que yo tenia para juzgar que la secta filosófica, victoriosa del cristianismo desbaratado, vendria á señorear al mundo, y colocar su trono sobre las ruinas del Evangelio? «Por cuanto (decia) si esto se deduce de lo » pasado, parece que esa época memorable deberá aun es» tar muy lejos. Pocos discípulos tuvo cada una de las sec» tas filosóficas, y esos pocos por breve tiempo militaron » debajo de los estandartes de sus capitanes, porque bien » de priesa desplegaron tambien ellos bandera, mas envi» diosos de la gloria de sus maestros, que secuaces de sus » doctrinas. Y toda la filosofía desde los tiempos mas remo» tos estuvo siempre dividida en diversos y contrarios par» tidos. Solamente de las tres sectas Itálica, Jónica y Eleá» tica, que tuvieron por cabezas á Pitagoras, Talés y Xe» nofonte, salió un grandísimo número de sectas: la Cire» náica inventada por Aristipo, la Eliaca por Fedon, la » Megárica por Euclides, por Zenon la Estóica, la Pyrró» nica por Pyrro, la Epicurea por Epicuro, la Peripatéti» ca por Aristóteles, y por Platon la Académica, la cual se » dividió despues en antigua, media y nueva. Y cuantas » fueron las mencionadas variedades en las sectas, tantas » fueron las opiniones diversas acerca de Dios, del alma, » de la religion, del orígen del mundo, de las leyes mora» les y de las costumbres. ¿Y acaso en los filósofos de nues» tros tiempos no habrá tambien una variedad de opinar » semejante á esta? ¿No está la razon persuadiendo que se » deba esperar tambien, una semejante duracion tanto en » sus doctrinas, cuanto en el seguimiento de ellas? Y co-

» mo decia Theodoreto á los Griegos: *¿Dónde están los se-*
» *cuaces de Leucipo, de Parmenides, de Cleantes, de Pita-*
» *goras y de Meliso? ¿Cuáles los discípulos que dejaron has-*
» *ta hoy Anaxagoras, y Xenocrates, y Anaximenes, y Ar-*
» *cesilao, y Filolao?* Por ventura no podrán preguntar los
» venideros: ¿dónde están los secuaces de Espinosa, de
» Bayle, de Boulanger, de Helvecio, de Voltaire, de Rous-
» seau? Esto parece estar ya pronosticado en un lugar don-
» de se lee: *Ubi sapiens..... ubi conquisitor hujus sæculi?.......*
» *Evanuerunt in cogitationibus suis... dicentes se esse sapien-*
» *tes, stulti facti sunt.*" Yo procuré aqui en este intervalo de la impetuosa velocidad de su discurso ver si podia eludirlo, dando algunas respuestas de las mas plausibles; mas veía que no eran bien recibidas de los que estaban presentes, y que me habia metido en el punto de mayor dificultad é ignominia para nosotros, y asi no podia articular palabra. El Párroco espiritado volvió á continuar el discurso, y al fin con un tono de voz mas sonoro, y con un ayre de rostro imperioso, como si estuviese poseido de espíritu profético, rompió en estas expresiones, que se me quedaron esculpidas para nunca borrárseme: «No...... que mi religion
» nunca ha de tener fin; y ni siquiera una jota ó un tilde
» vendrá á faltar en ella, y vosotros ciertamente nunca al-
» canzareis de ella victoria; sino que desterrados, vagabun-
» dos, errantes, sin vasallos, sin leyes, sin altar, sin ritos,
» sin disciplina, en peor estado que los obstinados secuaces
» de la Sinagoga, traereis con vosotros una marca indeleble
» de condenacion y de oprobio sempiterno. La misma razon
» natural, que vosotros tanto exaltais con el dañado inten-
» to de que quede abatido el Evangelio, acudirá pronta-
» mente en defensa del cristianismo. Y ¿cómo consentiría
» ella, que perezca una religion, á la cual debe tantas lu-
» ces, que la sacaron de las tinieblas, en que infelizmente
» yacía sepultada? ¿Cómo permitirá que se ahogue un ger-
» men fecundo, y se pierda una semilla fructuosa, que le

» ha producido tantos conocimientos útiles y necesarios pa-
» ra desenvolver las ideas primitivas de su moral, y po-
» nerlo en el estado en que ahora se halla? ¿Cómo sufrirá
» quedar sin ella oprimida en el pueblo por el ocio y la
» pereza? Despreciada en los mozos por la corrupcion de
» los vicios; falsificada en los filósofos por el fausto y por
» la gloria vana; obscurecida en todos por las pasiones se-
» diciosas y turbulentas; y descansando hasta ahora en so-
» siego á la sombra de sus leyes, y sentándose segura en su
» regazo, ¿cómo llevará á bien el quedar siempre fluctuan-
» do, expuesta al embate de las ondas de un piélago de du-
» das, de incertidumbres, y á seguir un camino que va á
» acabar en un abismo de engaños, de yerros y de contra-
» dicciones? La misma política de los soberanos, á quienes
» vosotros tributais fingidos homenages para hacerlos pro-
» picios á vuestras máximas, esa misma reforzará contra
» vosotros las defensas de la religion ultrajada. ¿Y cómo con-
» sentiria que se reputen por nulas tantas declaraciones su-
» yas, tantos decretos solemnes dados para su proteccion?
» ¿Cómo, que debajo de sus ojos se trastornen los funda-
» mentos mas sólidos, sobre los cuales estriba la seguridad
» de los particulares y el establecimiento del público? ¿Có-
» mo podrá indolente y tranquila poner ojos atentos sobre
» el horrendo aspecto del trofeo, que la impiedad y el cis-
» ma mancomunados levantarian sobre sus ruinas? ¿Cómo
» podrá ver con agrado tantos funestos exemplos de quie-
» nes, rebelándose contra el cielo, se abrieron puerta fran-
» ca para rebelarse tambien contra el trono? ¿Cómo con-
» sentirá que orgullosamente se paseen por su distrito las
» grandes maldades sin el freno de una religion que las re-
» prueba; que quede la virtud sin estímulo eficaz y general,
» el vicio sin correccion constante é interna; sin consuelo
» la tribulacion; el trono sin un cuerpo de súbditos, que
» siempre le sean fieles por sistema y por máxima; la pa-
» tria sin un cuerpo de ciudadanos por obligacion y por

„ utilidad irreprehensibles y laboriosos sin cansarse jamas?
„ La misma Divinidad, que fue la Criadora soberana de es-
„ ta religion, será tambien su invencible protectora: la Di-
„ vinidad que aseguró, que faltaria el cielo y la tierra, mas
„ que la fé nunca faltaria; ella misma armará su diestra
„ poderosa en su defensa, para no ver profanados sus alta-
„ res, metidos debajo de los pies sus ministros, olvidadas
„ sus solemnidades, mudas sus cátedras, asolados sus tem-
„ plos, y su santo nombre blasfemado. Esta Divinidad, que
„ en el tiempo de su mayor peligro (si asi podemos hablar)
„ suscitó invencibles campeones para defenderla; tambien
„ al presente los podrá levantar: *Suscitabit sacerdotem fide-*
„ *lem juxtá cor suum.* Y nosotros los eclesiásticos, de quie-
„ nes vosotros os burlais, á quienes tanto motejais y teneis
„ por viles, seremos puestos *in columnam ferream, et in mu-*
„ *rum æreum super omnem terram, Regibus Juda, Principi-*
„ *bus ejus.... et populo terræ.* Ni jamas conseguireis que no-
„ sotros callados disimulemos las afrentas hechas á nuestra
„ religion, para gozar de las dulzuras y de las comodidades
„ anexas á los empleos. Y si nosotros, sintiendo mas perder
„ la fortuna que la salvacion, diésemos oidos antes á la co-
„ dicia que á la conciencia; y si en nosotros y en nuestro
„ ánimo entrase la vergonzosa flaqueza de un silencio cri-
„ minal, las mismas piedras clamarian: *si hi tacuerint, la-*
„ *pides clamabunt.*" Aqui con artificio traidor, vuelto hácia
la dama, en voz mas blanda puso fin á su locuacidad decla-
matoria diciendo estas expresiones: « Lo que voy á decir
„ hasta de solo considerarlo me causa horror; y es que,
„ aunque la religion será defendida por la naturaleza y por
„ la gracia, por Dios y por los hombres, de tal suerte que
„ nunca venga á faltar del mundo; todavía bien puede ser
„ que alguno de nosotros le falte á ella. Nada para la reli-
„ gion es de temer, pues ella es firmísima, colocada sobre
„ la base sólida de la verdad; pero todo es para temer acer-
„ ca de nosotros, que por naturaleza somos inconstantes y

„ quebramos al mas leve toque. Posible es que la mentira
„ con el hechizo de los engañadores alhagos nos engañe in-
„ felizmente. ¡ Oh , y qué triste espectáculo ver la irreligion
„ proscripta por naciones enteras , y acogida por alguno de
„ nosotros casi en triunfo , enarbolar con orgullo el estan-
„ darte dentro de nuestras paredes domésticas , y levantar
„ gente de guerra; trayendo juntamente consigo la impiedad,
„ la disolucion y el fraude , para abatir y soberbiamente
„ pisar la inocencia , la modestia , la lealtad !........" A estas palabras cayeron de los ojos del viejo astuto algunas lágrimas , ó verdaderas ó fingidas , y de ellas se siguió en los presentes un enternecimiento bien sensible , y con especialidad en la dama , á respecto de cuya conquista ya yo estaba viendo que tenia enteramente perdidas todas mis fatigas ; pues ella con los gestos de su semblante aplaudia el entusiasmo del Cura , y recibia placer con mi confusion , y ya se mostraba vuelta otra vez para las antiguas supersticiones de su infancia. Yo trabajé todo lo posible por disimular la vergüenza con que estaba , dando muestras de desahogo , y señales de compadecerme de la ciega pasion del Párroco , y de la leve credulidad de quien se dejaba llevar de la verbosidad de un viejo insensato. Mas en la realidad este acontecimiento me hizo tomar la resolucion de partirme luego de alli rabioso y consternado , para retirarme á mi casa de campo solo y sin mas pensamiento que el de vengarme del ultrage , no tanto recibido por mí , sino por nuestra sociedad filosófica. Esto me hizo reflexîonar cuanto importa el que desmintamos á nuestros contrarios, y les hagamos ver , que el reducir á sistema nuestra filosofía es cosa que se puede executar sin mucho costo , y me determinó á idear estas reflexîones de que os hablo , y que os enviaré en la primera ocasion , pues se va ya el correo, no las tengo aun del todo concluidas ; y con esto os dejo tiempo tambien para que leais el discurso de este Párroco, y trabajeis otro por el mismo órden , en que se respondan

sus argumentos, y no nos quedemos expuestos á sufrir estos reveses todos los dias, y á ser acaso alguna vez presa infeliz de la supersticion y fanatismo, que será nuestra última desgracia.

NOTA.

Se publica esta carta para que sus lectores se animen íntimamente de los buenos sentimientos de este buen Párroco, y llenos del mismo espíritu y zelo en defensa de nuestra santa religion, confundan con iguales respuestas tan sólidas, enérgicas y convincentes á los muchos filosofillos que se van dejando ver en nuestra España, y quieren levantar figura con sus máxîmas irreligiosas.

SEVILLA: POR LA VIUDA DE VAZQUEZ Y COMPAÑIA.
Año de 1820.